

gos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

#### Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco. Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, bastecía la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Fi-

gueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y también á los capitanes del ejército, que no le dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fué á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó de ello, vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el río arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, á mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió como entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruín y desierta. Fué creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalba, y el camino ribera del mar á Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maiz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabían castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba sa-

quear. Pasaron otro río crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre de ellos. Aportaron, en fin, á buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre, mucho trabajo, muchos mosquitos, chinches y murciélagos, que se los comían vivos; y llegaron á Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, á causa de las guerras pasadas que tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del río. Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados á buscar de comer y ropa; y Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santisteban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podía ir allá; mas empero él se engañó ó lo engañaron; y así, engañó á Garay, que se acercó á los contrarios más de lo que debiera; y decía á los indios, porque les favoreciesen, cómo venía á castigar aquellos soldados de Cortés que les habían hecho enojo y daño. Salieron los de Santisteban á escondidas, que sabían la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalán, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Albarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieran á la boca de Pánuco, comenzó á temer la fortuna de Cortés. Envió á decir á Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venía á poblar con poderes y licencia del Emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para crearlo, y requirió á los maestros de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacían, que los tenía por corsarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querían hacer por decirlo él, y que harían lo que les conviniese.

#### La muerte del adelantado Francisco Garay

Pedro de Vallejo avisó á Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él había pasado, para que proveyese con tiempo de más compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacía para Higuera, Chiapanac, Cuahutemallán, y aderezóse para ir á Pánuco, aunque malo de un brazo. Y ya que partir quería, llegaron á Méjico Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del Emperador y con las provisiones de la gobernación de la Nueva España y todo lo que hubiese conquistado, y nombradamente á Pánuco. Por las cuales no fué; mas envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provisión, y á Pedro de Albarado con mucha gente. Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decía que la tierra era suya, pues el Rey se la daba; otro que no, pues el Rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecía entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perecía á manos de indios, y los navíos se comían de broma y estaban á peligro de fortuna; por lo cual, ó por negociación, Martín de San Juan, guipuzcoano, y un Castromocho, maestros de naos, llamaron á Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió á Grijalba que surgiese dentro el puerto, según usanza de marineros, ó se fuese de allí; Grijalba respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente López, escribano, á requerirle otra vez, y vió que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capitana; prendiólo Vallejo, mas luego lo soltó

Ovando, y se apoderó de los navíos; que fué desarmar y deshacer á Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provisión real, y requiriendo con ella, y diciendo que se quería ir á poblar en el río de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del río de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él quería, por no trabar más pasión con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Albarado le persuadieron que escribiese á Cortés en concierto, ó se fuese á poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peón y los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron á murmurar y á rehusar, unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron; y así, se disminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á seguirle más de hasta llegar á Pánuco, ni querían ir á morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba no le desamparasen, prometía grandes cosas, acusábalas el juramento. Ellos hacerse sordos; anocheaban y no amanecían, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió á Pedro Cano y á Juan Ochoa con cartas á Cortés, en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á Méjico. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon después de haber dado y tomado muchas quejas y disculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en

las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos á maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dió saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince días después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habían ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso, ca murió de mal de costado, y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pero López, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, á par de sus hijos y mujer.

#### La pácificación de Pánuco

Como Francisco de Garay se fué á Méjico, hizo Diego de Ovando salir de Santisteban con público pregón los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la tierra y la gente; ca muchos de ellos eran grandes amigos de Diego Velázquez, como decir Juan de Grijalba, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna; ibanse á los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podían; en fin, andaban sin orden ni concierto.

Enojados los indios de ello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquitl degollaron los ciento; de lo

cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron á Santisteban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mejicanos con cada quince mil indios é indias. Nombró indias, porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querian ir sin sus mujeres ó amigas. Caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiólos, y entró en Santisteban, do ya no había más de veintidós caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer, como por ser mucho y recio combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hizose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó á muerte de fuego. Consultólo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cautivos y los sesenta señores; llamó á sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dióles los señoríos en nombre del Emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

#### Los trabajos del licenciado Alonso Zuazo

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de San Antón, en Cuba, para la Nueva-España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Viboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos días, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo aina peresciera, mas sacó lumbre con palos, según indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gómez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron á dar cerca de Aquiahuistlán, y luego á la Veracruz, y después á Medellín, donde aparejó Diego de Ocampo un navío, y se lo dió, para ir por Zuazo, y lo mesmo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo le proveyesen muy bien; y tras esto envió un criado á esperarle en Medellín; que cuando llegó Zuazo le dió diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese á Méjico; y fué bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

La conquista de Utlatlán que hizo Pedro de Albarado

Habíanse dado por amigos, tras la destrucción de Méjico, los de Cuahutemallán, Utlatlán, Chiapa, Xochnuxco, y otros pueblos á la costa del Sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra á otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Albarado; dióle trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros, y ciertos señores de Méjico con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Albarado de Méjico á 6 días del mes de Diciembre, año de 1523. Fué por Tecoantepec á Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por esclavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos días con los de Zapatlán, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatlán fué á Quezaltenanco en tres días; el primero pasó dos ríos con mucho trabajo; el segundo un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventón del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que según los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, y á todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algún caballo, animal que jamás habían visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper. Rehiciéronse á la falda

de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía; ca muchos de ellos hubo que esperaban á uno y aun á dos caballos, y otros que por herir al caballero se asían á la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huieron lindamente. Albarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlán, que venía por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos. Otro día entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescóse allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de Quezaltenanco, muy en concierto, á pelear con españoles. Albarado salió á ellos con noventa de caballo y con doscientos de pie, y un buen escuadrón de amigos; púsose en un llano muy grande á tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, según la disposición del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció á la otra. Los de caballo siguieron el alcance más de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron á un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlán y Quezaltenanco vieron la destrucción, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias á sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron á juntar otro muy grueso campo; enviaron á decir á Pedro de Albarado que querían ser sus amigos y dar de nuevo obediencia al Emperador, y que se fuese á Utlatlán. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche; ca ciudad es fuerte á demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Albarado creyó, y fué allá; mas como vió deshecha la calzada y la gran fortaleza del

lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y salióse fuera; pero no tan presto que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos; ca por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba más recia, porque tenían á los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada día indios y aun españoles. Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que al rededor de su fuerte había; así que Albarado, pareciéndole más corta vía para ganar la tierra, quemó los señores que tenía presos, y publicó que quemaría la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Cuahutemallán, les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenía, dió tal priesa á los enemigos, que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y común á pedir perdón y á darse; echaron la culpa de la guerra á los señores quemados; la cual ellos habían también confesado antes que los quemasen. Albarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenía presos, y dióles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlán como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y de ellos se dió el quinto al Rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlán se acabó á principio de Abril del año de 1524. Vendióse en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

#### La conquista de Cuahutemallán

De Utlatlán fué Albarado á Cuahutemallán, donde fué recibido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacia guerra á Cuahutemallán y Utlatlán y á otros pueblos. Albarado envió allá dos hombres de Cuahutemallán á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos, que los tenía por amigos, y á requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fué allá con ciento cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Cuahutemallán, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuánto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hacia un peñol, poblado dentro en agua. Vió luego un escuadrón de hombres armados; acometiólo, rompiólo y siguiólo por una estrecha calzada, donde no se podía ir á caballo. Apeáronse todos, y á vueltas de los contrarios entraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron, y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y á nado pasaron á una isleta. Saquearon las casas y saliéronse á un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche. Otro día entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habían desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Albarado la tierra, prendió ciertos hombres de ella, y envió tres de ellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados; donde no, que los

perseguiría y les talaría sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra había sido hasta entonces sujeta de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo había hecho tan de valiente, ellos querían ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles. Albarado se tornó á Cuahutemallán, y dende á tres días vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, y ofrecerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querían paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del sur á darse, porque les favoreciese; y dijéronle como los de la provincia de Izcuতেpec no dejaban pasar á nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Albarado fué á ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratación con ella, no había camino abierto mayor que senda de ganados, y aquél todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomólos en las casas, que por la gran agua que caía no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los más; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios é hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haría otro tanto á los panes, y aun á ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho días, y acudieron á él todos los pueblos de la redonda, ofreciéndole su amistad y servicio.

De Izcuতেpec fué Albarado á Caetipar, que es de lengua diferente, y de allí á Tatixco, y luego á Necendelán. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje, y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fué chica pérdida. Envió tras ellos á Jorge de Albarado, su hermano, con cuarenta de

caballo; mas no lo pudo cobrar, por más que corrió. Todos estos de Necendelán traían sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo más de ocho días, que no pudo atraer los moradores á su amistad, y fué á Pazuco, que le rogaban, pero con traición, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacían cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fué á Mopicalanco, y de allí á Acayucatl, donde bate la mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendían para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca de ellos; y aunque llevaba doscientos y cincuenta españoles á pie y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos, porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo el cuerpo del ejército, y casi no dejaron ninguno de ellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, ca en cayendo no se podían levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en pies, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecían bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traían grandes flechas, y lanzas de treinta palmos. Este día quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Albarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó más corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traían larguísimas lanzas y enarboladas; mas también lo venció y destruyó. Fué á Mauhualán, y de allí á Athlechuán, donde vinieron á dársele de Cuítlachán; pero con mentiras, por descuidarle; que su intención era matar los españoles; porque, como eran tan

pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Albarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole la guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cautivos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte días sin los poder atraer, y tornóse á Cuahutemallán. Anduvo Pedro Albarado de este viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo á su amistad muchas provincias. Padeció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y ríos tan calientes, que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien á Pedro de Albarado la disposición de aquella tierra de Cuahutemallán y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, según la orden é instrucción que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Cuahutemallán. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos los oficios necesarios á la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do ahora está la silla del obispado de Cuahutemallán. Encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros doscientos españoles y confirmó los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernación.

#### La guerra de Chamolla

Á 8 de diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles á pie, dos tiros y mucha gente de amigos, á la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca, que estaban rebeladas. No le dió más gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Cuahutemallán, donde iba Pedro de

Albarado, y entre Higuêras, á do luego había de partir Cristóbal de Olid. Diego de Godoy fué é hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó á Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos subir no podían, y tiene una cerca de tres estados en alto; la media de tierra y piedra, y la media de tablones. Combatióla dos días arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros. Tomóla en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podían resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarve á los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenían mucho. Para irse arriaron muchas lanzas á la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos de ellos, especial mujeres y muchachos. No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado, con que se cubrían todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden. Chiapa, Huehuetztlán y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

#### El armada que Cortés envió á Higueras con Cristóbal de Olid

Cortés deseaba poblar á Higueras y Honduras, que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos



de Méjico; mas como tenía de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel río y tierra que tenía poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del Emperador, dadas en Valladolid á 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decían, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantín, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos. Mandóle ir á la Habana á tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras, y enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darién, para descubrir el estrecho que todos decían, como el Emperador mandaba. Dióle, sin esto, instrucción de lo que más hacer debía; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca á 11 de enero, año de 24, según unos; y Cortés envió dos navíos á buscar estrecho de Pánuco á la Florida, y mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullán hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habíanse quemado cuando el mandado llegó; y así, cesó aquella demanda.

#### La conquista de Zapotecas

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué Méjico destruido, y atraieron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muer-

tes y daños. Cortés envió allá á Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes, no las pudo domar; antes perdió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó á enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallán y Méjico. Fué pues Rodrigo Rangel á 5 de febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo á Méjico; dejólos tan castigados y llanos, que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero éstas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mejicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatemala, Pánuco, Xalixco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

#### La reedificación de Méjico

Quiso Cortés reedificar á Méjico, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles, y los demás oficios que há menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas, y otros edificios públicos